

SOCIEDAD Y LECTURA. LA IMPORTANCIA DE LOS MEDIADORES EN LECTURA¹

Pedro C. Cerrillo Torremocha
Catedrático de Didáctica de la Lengua y la Literatura
(CEPLI. Universidad de Castilla La Mancha)
pedrocesar.cerrillo@uclm.es

La alfabetización es algo más que saber leer y escribir, y hoy, en el siglo de las nuevas tecnologías, estamos obligados a facilitar el acceso de los ciudadanos al mundo globalizado de la información, pero también a prepararlos para manejarse, libre y críticamente, en él; y esto no es posible sin competencia lectora. La lectura no es sólo el reconocimiento de unos sonidos, de unas sílabas o de unas palabras en el conjunto de un texto; las palabras pueden significar cosas muy diferentes, que sólo un lector competente sabrá "leer" en cada momento. Debemos entender la lectura, pues, como la capacidad de comprender e interpretar mensajes, que posibilita –además– para dar opiniones y realizar valoraciones de lo leído.

Hoy es frecuente ver cómo se confunden “sociedad de la información” y “sociedad del conocimiento”, que no son, en ningún caso, conceptos sinónimos. La “información” es algo externo y rápidamente acumulable por las personas, pero que puede ser “nada” si una persona no es capaz de asimilarla, discriminarla, procesarla y enjuiciarla, y eso sólo lo faculta la *competencia lectora*. El “conocimiento”, en cambio, es algo interno, estructurado, que se relaciona con el entendimiento y con la inteligencia, que crece lentamente y que puede conducir a la acción.

Si el logro de la “sociedad del conocimiento” es un objetivo de la sociedad, como dicen desde hace tiempo muchos gobiernos, es imprescindible que lo sea también la adquisición de la *competencia lectora* de todas las personas, pues es la que va a hacer posible el acceso al “conocimiento”, no sólo a la “información”. En el siglo XXI es más necesario que nunca un ciudadano lector, competente y crítico, capaz de leer diferentes tipos de textos y de discriminar la abundante información que se le ofrece a diario en diversos soportes, es decir un ciudadano con *competencia lectora*, lo que le permitirá abandonar el sistema de exclusión educativa, interpretar y enjuiciar ideas pasadas y presentes, acceder críticamente a las “tics”, protegerse ante los mensajes publicitarios indiscriminados o compartir emociones, sentimientos y esperanzas con personas de otras culturas y otros territorios. Esa competencia lectora es la que hará posible, además, el paso a la “competencia literaria”, que es la competencia que permite a la persona ejercer la libertad de la palabra y de las ideas, por medio de la que podrá construir significados propios, que pueden ser contrarios a los que le son impuestos desde cualquier instancia o institución. (Vid. Sánchez Corral, 2007: 93).

Para lograrlo, son necesarias intervenciones institucionales decididas y duraderas que desarrollen y atiendan programas de promoción lectora a los que tengan acceso todos los ciudadanos, convirtiendo la lectura en un asunto de política de gobierno, con participación de todas las administraciones, de manera que se logre, en un tiempo razonable, generar un clima social que la favorezca y desarrolle, así como crear conciencia de su valor social y modificar las actitudes de la población hacia ella, hacia los libros y hacia los lectores. Aunque no estoy del todo de acuerdo con Alberto Manguel (2002: 2), una parte de razón sí tiene cuando dice que:

Nuestras sociedades no creen en la importancia del acto intelectual. Los gobiernos tienen mucho miedo... Es muy difícil gobernar a un pueblo que lea y cuestione las cosas.

Por desgracia, la historia –en muchas ocasiones– ha confirmado las palabras de Manguel: las hogueras de libros, la persecución de ciertas ediciones, los índices inquisitoriales de libros

¹ Conferencia leída en la Fundación Gubelkian de Lisboa, en enero de 2009.

prohibidos, la persecuciones fundamentalistas de escritores críticos, el secuestro de libros... Para algunos de quienes han ostentado el poder ha sido una tentación limitar, condicionar, controlar o prohibir el acceso a los libros que pudieran ser sospechosos de contradecir al gobernante, por ser portadores de críticas o subversiones. Todo ello puede hacernos pensar, al menos a veces, que no se pone toda la voluntad necesaria para intervenir de verdad en la mejora de los índices lectores de la población. Quizá podríamos preguntarnos si es legítimo "intervenir" (es decir, mediar) en la actitud lectora de los ciudadanos, siendo ésta una elección personal. Creo que sí es legítimo y conveniente intervenir, como también lo es la intervención institucional en otras actitudes o hábitos: la conducción temeraria, el consumo de alcohol y tabaco o la conservación de la naturaleza. La bondad de esas intervenciones la corroboran los beneficios de esas prácticas.

La lectura fue antaño una actividad minoritaria que discriminaba a las personas; pero hoy debiera considerarse un bien "de primera necesidad", al que tienen derecho todos los ciudadanos. Ser alfabetizado es un derecho universal de todas las sociedades, porque el valor instrumental de la lectura "competente" permitirá a los ciudadanos participar, autónoma y libremente, en la "sociedad del conocimiento". El logro de este objetivo exige, sin duda, la intervención de *mediadores* en lectura sólidamente formados y con los medios necesarios para cumplir dignamente su responsabilidad, porque son quienes van a propiciar el contacto de los lectores con los libros desde las primeras edades.

La lectura hay que entenderla como un acto plenamente social, que está muy relacionado con el contexto cultural más cercano a las personas, con capacidad para liberar ataduras e imposiciones:

Los más optimistas habrán llegado a pensar que la represión política y cultural y la autarquía moral son cosas ya del pasado. Pero son cosas que, además de residir todavía en nuestro presente actual, se han transmutado en la democracia en otra serie de presiones y, por qué no, de represiones contemporáneas (...) Ahí está, entre otros variados aparatos represivos u opresivos de la sociedad del mercado, el discurso publicitario para demostrar, como persuasor textual modélico, que vivimos en una ilusión fabricada –en un sueño, en una ambición, etc.– y no en una realidad autónoma, puesto que, como es bien sabido, la publicidad, más que vender productos compra clientes, para lo cual obviamente ha de vendernos deseos de consumir y deseos de exhibir lo consumido. Esto es, el mercado nos induce a la necesidad de presumir como si se tratara de lo que los sociólogos denominan «necesidad primaria». (Sánchez Corral, 2007: 90).

El lector no nace, se hace; pero el no lector también: nos hacemos *lectores* o *no lectores* con el paso del tiempo, a lo largo de un proceso formativo en el que interviene el desarrollo de la personalidad y en el que vivimos experiencias lectoras motivadoras y desmotivadoras, casi siempre en dos únicos contextos, el familiar y el escolar. Para bien mediar en ese proceso formativo que puede conducir a las personas a ser lectores, se debe intervenir desde los tres ámbitos clave de la lectura:

- a) *La familia*: el entorno más inmediato en que transcurren los primeros años de la vida y el lugar idóneo para el descubrimiento de la palabra por medio de la oralidad; un ámbito que no conlleva el aprendizaje de la lectura de las palabras escritas, y en el que la responsabilidad es de los *padres*.
- b) *La escuela*: un ámbito de obligatorio cumplimiento, en el que se aprende a leer las palabras escritas y se empieza a entender el significado de esas palabras. Es el ámbito de la primera lectura comprensiva. La responsabilidad es de los *docentes*, pero sin que los *padres* deban permanecer totalmente al margen.

- c) *La biblioteca*: a diferencia de los anteriores, es un ámbito indirecto, porque el acceso a ella es, y debe ser, voluntario, aunque el acceso a la biblioteca puede realizarse en busca de lecturas placenteras (ocio) o en busca de lecturas instrumentales (estudio), pero siempre por iniciativa propia. La responsabilidad es de los *bibliotecarios*. La biblioteca es patrimonio de una comunidad; en ella los lectores aprenderán a compartir y respetar los bienes comunes: libros y otros materiales a disposición de todos los usuarios.

EDUCACIÓN Y LECTURA PARA TODOS. LA FIGURA DEL MEDIADOR

Durante siglos se trató de garantizar el mantenimiento del privilegio de la educación para los bien nacidos. Los libros se preservaban por medio de copias hechas a mano, una a una, por escribas o monjes copistas, al servicio de reyes, papas, monasterios ricos, nobles. Las bibliotecas eran de los poderosos. El dominio de la escritura y de la lectura o el acceso a la educación, también. (Machado, 2007: 50).

A partir del siglo XVIII se fue extendiendo el convencimiento de que la educación era necesaria para todos, reivindicándose la igualdad de oportunidades, algo que no siempre ni en todos los lugares se ha logrado, y que, todavía hoy, sigue siendo muy difícil, pues son necesarios mediadores capacitados y con recursos suficientes para intervenir con eficacia.

En la creación de hábitos lectores, sobre todo en los periodos de la infancia y la adolescencia, es muy importante la figura del *mediador*, papel que suelen cumplir adultos con perfiles específicos (padres, maestros, educadores sociales, trabajadores sociales o bibliotecarios, aunque, en buena lógica, deberíamos considerar también como tales a los editores, a los autores o a los libreros). Y es importante porque en la infancia y en la adolescencia los lectores tienen niveles diferentes y progresivos en sus capacidades de comprensión lectora y recepción literaria; por eso, es necesario el *mediador*, como puente o enlace entre los libros y esos primeros lectores que propicia y facilita el diálogo entre ambos. En esos casos, el mediador cumple el papel de primer receptor del texto, siendo el lector infantil el segundo receptor, algo que se da en la Literatura Infantil, porque es una literatura que se dirige a unos lectores específicos. En Literatura Infantil, pues, el mediador es, casi siempre, el primer receptor de la obra (vid. Lluch, 2003: 28), que facilitará ideas y caminos para realizar las lecturas, también para elegirlas, porque el destinatario de las mismas es todavía un ser en desarrollo, con poca experiencia de contacto consciente con los textos literarios (su experiencia se suele limitar a la literatura oral), y con una pequeña competencia enciclopédica.

No todo el mundo cree en la conveniencia de que exista ese *mediador*, ya que la decisión final en la elección de un libro la debe tener siempre el lector, pero creo que no es desdeñable una intervención mediadora que, con conocimiento de causa, aporte soluciones ante las dudas y facilite, en lo posible, la decisión en la elección de la lectura adecuada.

El *mediador*, sobre todo si es docente, no debe olvidar que hacer lectores en el ámbito escolar tiene una serie de dificultades, cuyo conocimiento le ayudará a superarlas en muchos momentos; las causas que provocan esas dificultades son variadas: desde el aprendizaje de los mecanismos lecto-escritores como una actividad mecánica, sin la necesaria atención a los aspectos comprensivos, hasta la excesiva "instrumentalización" escolar de la lectura, pasando por las diferencias en los niveles de adquisición de la lengua de expresión y en experiencias lectoras previas de los alumnos, o por la consideración social de la lectura como una actividad seria "aburrida", o por la falta de ambiente de lectura en el entorno extraescolar del niño.

a) La formación del *mediador* en lectura

El problema nos lo encontramos, en más ocasiones de las deseadas, en la formación de los *mediadores*. No quisiera ser excesivamente pesimista, pero al acabar sus estudios reglados ni profesores ni bibliotecarios tienen una formación específica para ejercer la mediación lectora en buenas condiciones. Veamos por qué: en lo que se refiere a los bibliotecarios, la formación institucionalizada que se les da les faculta para desarrollar actividades como la catalogación, la documentación o la organización de la biblioteca, pero no para intervenir en el proceso de lectura,

en el análisis de textos o en la selección de un canon de lecturas juveniles, por ejemplo. ¿Y los profesores? (Vid. Cerrillo, 2007: 82-97): el sistema universitario actual prepara a maestros y filólogos, es decir a los futuros profesores de Primaria, Secundaria y Bachillerato, proporcionándoles una formación, en lo que a lectura se refiere, que les capacita, en el caso de los maestros, para que enseñen a leer pero no para que creen y formen lectores, quedando esta formación a expensas del empeño individual y la voluntad posterior de quienes tienen más inquietud, ya que el maestro actual puede tener conocimientos suficientes de organización escolar, de didáctica general, de legislación educativa o de psicología evolutiva, pero no los tiene ni del acto de leer, ni de lenguaje literario, ni de análisis de textos, ni de Historia de la Literatura. En el caso de los filólogos, pueden terminar sus estudios con conocimientos de Historia de la Literatura, de comentario de textos, de lingüística o de gramática, pero no suelen saber nada ni del proceso lector, ni de Literatura Infantil y Juvenil, ni de Didáctica de la Literatura.

El *mediador* en lectura debe formarse a lo largo de un proceso largo, organizado, coherente y comprometido, en el que se unirán conocimientos generales y específicos, competencias profesionales, espíritu crítico, capacidad para la intervención comunicativa, creatividad, criterios socializadores, humanismo y, hoy también, capacidad para entender y atender la diversidad cultural. Este proceso, que sólo la voluntad del propio *mediador* puede llegar a cumplir en su totalidad, es el que hará posible que reúna las actitudes, aptitudes y requisitos que debieran ser exigibles para desarrollar la labor de mediación lectora, y que, aunque pudieran parecer obvios, deben saberse:

- A) Ser un lector habitual, convencido de las bondades de la lectura.
- B) Conocimiento del grupo y capacidad para promover su participación.
- C) Una cierta dosis de imaginación y creatividad.
- D) Creer firmemente en su trabajo de *mediador*: compromiso y entusiasmo.
- E) Capacidad para acceder a información suficiente y renovada.
- F) Conocimiento del contexto de procedencia de los destinatarios de sus intervenciones mediadoras.
- G) Poseer una mínima formación literaria, psicológica y didáctica, que le posibilite, entre otros, conocimientos sobre:
 - El proceso lector y las habilidades que facilitan la lectura.
 - Un cierto canon de lecturas literarias: obras que pueden ser iniciáticas en la formación literaria del niño, al margen de las lecturas escolares que forman parte del currículo.
 - La teoría y la práctica de técnicas y estrategias de animación lectora.
 - La Literatura Infantil y sus mecanismos editoriales.
 - La contextualización histórica de la Literatura Infantil.
 - La evolución psicológica del individuo en su relación con la lectura.

Todo ello sin olvidar que para hacer lectores no existe mejor medicina que los buenos libros, seleccionados por su capacidad para transmitir mensajes expresados con corrección lingüística y calidad literaria, y por su capacidad para emocionarnos o para hacernos vibrar, sentir, soñar o compartir. La labor del mediador en la selección de lecturas es muy importante porque pone en contacto el libro que considera adecuado con sus potenciales lectores, entendiendo que, siempre, la última palabra en la elección debería tenerla el lector. Lo que sucede es que el análisis que el mediador haga de las características de un libro, puede condicionar la edad recomendada en el propio libro por la editorial.

Pero ¿dónde puede un mediador adquirir la formación que precisa? Ya hemos comentado que es difícil encontrar estudios de “grado” por medio de los que la Universidad (aunque me refiero a la española, no creo que sea muy diferente en otros países) forme profesionales de esas características. Tampoco parece que con la reforma “Bolonia” la situación vaya a cambiar. Pese a todo, en los últimos años, algunas universidades, con la colaboración de otras instituciones, ofrecen

algunas posibilidades formativas en estudios universitarios de postgrado o en programas de formación complementaria (las universidades de Castilla La Mancha, Autónoma de Barcelona, Alcalá de Henares, Valencia o Extremadura).

b) El mediador y el entorno social

La escuela puede lograr que los niños asuman que leer es importante, pero difícilmente podrá conseguir que la lectura sea una alternativa de ocio para ellos. Además, la lectura escolar es una lectura lastrada por su inclusión en un área como la que representa la unión de “Lengua y Literatura” y por la “prescripción lectora”, lo que la convierte en una lectura claramente instrumental: los escolares, que queremos que pronto y durante mucho tiempo sean lectores, deben enfrentarse a unos textos en los que se ejemplifican nociones y conceptos morfológicos, sintácticos y léxicos, o conocimientos y valores programados en el periodo educativo que corresponda, siempre en detrimento de los valores literarios de esos textos. No es extraño que esos escolares huyan de la lectura en cuanto ésta no es una actividad obligada para ellos. Sobre este asunto ya se expresó Lázaro Carreter hace muchos años:

El niño no se acerca al libro como al juego, al circo o al deporte; no existe entre sus apetencias (...) Sus primeros contactos con el libro son de vencimiento de obstáculos; primero, el de descifrar los signos gráficos y el de relacionarlos con el significado del léxico y del discurso; después, el de la comprensión de los distintos saberes... Con el libro de texto, los muchachos, en rigor, no leen, sino que aprenden. No es raro que este esfuerzo les disuada del camino de la lectura (...) No creo apenas en el lector espontáneo; los que solemos tenernos por tales hallaremos en los orígenes de nuestra afición, si recapacitamos, estímulos y contagio. (Lázaro Carreter, 1984: 7).

El mediador (en el ámbito que sea) es quien fomentará las primeras tendencias lectoras, consolidándolas con las estrategias más adecuadas en cada momento. Su trabajo es esencial, pero también complejo (sobre todo en el ámbito escolar), entre otras razones porque deberá trabajar con lecturas de diverso tipo, con las que pretenderá lograr diversos objetivos: información, instrucción, diversión, imaginación, etc., lo que no deja de provocar ciertas confusiones. Además, se encontrará con la competencia, a veces desleal, de actividades y prácticas de ocio, muy extendidas en el conjunto de la sociedad, que tienen en su pasividad el principal reclamo: la televisión, los juegos electrónicos o las nuevas tecnologías provocan una fascinación inmediata con la que el ejercicio de la lectura, con lo que tiene de voluntario, individual, esforzado o silencioso, difícilmente puede competir. El auge de los medios audiovisuales y la poderosa irrupción de las nuevas tecnologías han favorecido un cambio de modelo cultural: de la supremacía de una cultura alfabética, textual e impresa, se ha pasado a la supremacía de una cultura de imágenes audiovisuales, lo que ha provocado ciertos cambios en los usos del lenguaje y en las capacidades de razonamiento.

Y, sin embargo, la historia nos dice que ha sido la práctica de la lectura la que ha aportado a los hombres capacidad para interpretar, elegir, debatir y criticar. Los mediadores y los educadores son los primeros que lo deben tener en cuenta, pero no debieran ser los únicos: la sociedad –a través de sus instituciones– tiene que formarlos adecuadamente y proporcionarles los medios necesarios para cumplir dignamente esa responsabilidad. No sería bueno –creo yo– que las sociedades desarrolladas, justificándose en la revolución tecnológica, renunciaran a la extensión de la práctica lectora a todos los ciudadanos, y con ella a su preparación no sólo para el trabajo, sino también para la vida y para todo lo que en ella van a encontrar.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Ninguna persona, en ningún lugar del mundo, nace sabiendo hablar, leer o escribir, ni aprende solo cualquiera de esas habilidades, ya que las tres necesitan ser enseñadas y aprendidas, porque, como bien dice Ana M^a Machado (2007: 49):

Leer no es natural. Más aún, hablar y conversar no son actos naturales, sino culturales (...) El lenguaje articulado no es un fenómeno de la naturaleza sino de la cultura, del grupo social. Principalmente el lenguaje simbólico, que va más allá de la mera indicación concreta y trabaja con abstracciones. Pura cultura. Si nadie enseña, nadie aprende.

De ahí, la importancia que tienen los *mediadores* en lectura, también después del momento en que se aprenden los mecanismos técnicos de la lecto-escritura.

De todos modos, la *Lectura*, necesita una profunda reflexión en este tiempo de grandes cambios sociales, porque a la lectura literaria, la que tiene en el libro su soporte esencial, le acompañan ahora otras lecturas, electrónicas unas, icónicas otras y mediáticas otras más, que son, en principio, más asequibles, porque no necesitan el recorrido de un camino previo largo, voluntario y, en ocasiones, difícil y esforzado, y que son enormemente atractivas para los niños y los adolescentes. Solo el *lector competente* (es decir aquel que tiene capacidad para discriminar, reflexionar y opinar sobre lo leído) podrá acceder a todas esas lecturas en buenas condiciones.

Si los gobiernos totalitarios siempre han visto peligrosa para sus intereses la lectura literaria, por lo que aporta de libertad y de capacidad crítica a sus lectores, la práctica exclusiva de esos nuevos tipos de lecturas (que suelen denostar la lectura literaria), conlleva otros peligros para las sociedades desarrolladas y democráticas, que debieran preocuparnos a todos, también a quienes las gobiernan, porque pueden empobrecer cultural y lingüísticamente a sus ciudadanos, restringiéndoles sus capacidades para la reflexión, el juicio crítico y el pensamiento autónomo. Además, que nadie crea que las *nuevas tecnologías* son neutras o inocentes: “chatear”, por ejemplo, no es sólo una forma de comunicación, sino que exige –quizá impone– un nuevo lenguaje y, con él, un nuevo lector. Georges Steiner (2000: 64) ha señalado que *nunca tanta información ha generado menos conocimiento*. No podemos confundirnos: internet es una excepcional manera de democratizar el acceso a la información que hace posible, además, la adquisición de nuevos conocimientos, pero es una lectura “instrumental”; como dice Ana M^a Machado (2002: 36):

No es una forma de adquirir sabiduría. Para la transmisión de la sabiduría se exige otro proceso, en el que decidir no depende de una opción entre otras del menú, de una preferencia por “esto o aquello”, sino de una comparación entre “esto y aquello”, con análisis de argumentos, oposición de contrarios, encadenamiento lógico que lleve a conclusiones, etc. Un proceso complejo...

El concepto de “alfabetización” hoy ha cambiado: al aprendizaje de los mecanismos lectoescritores hay que sumarle la *competencia lectora*, que es la competencia que permitirá al lector leer diversos tipos de textos (escolares, instrumentales, informativos, literarios,...), en situaciones diversas y en códigos diferentes (verbales, icónicos, audiovisuales,...), siendo capaz de discriminar, reflexionar y opinar sobre lo leído.

Por otro lado, no sería justificable que el pensamiento “globalizador”, tan difundido por muchos medios de comunicación, llevara a las sociedades actuales a dilapidar sus patrimonios culturales, en los que los textos escritos han ocupado el mayor espacio de sus historias literarias, pero en los que los materiales literarios orales han sido una parte muy importante del imaginario de cada colectividad. En esos materiales orales hay un fondo común, sin duda, del que forman parte cuentos, mitos, leyendas, canciones escenificadas, nanas o trabalenguas, pero hay también un fondo particularizado nada desdeñable:

...Materiales de ficción que configuran el espacio de la literatura oral (...) y que constituyen el patrimonio inmaterial de los pueblos. (Janer Manila, 2007: 16).

Este patrimonio inmaterial (de carácter folclórico y etnológico) que forman los textos literarios orales caracterizan una parte importante de la cultura de una sociedad; aunque su sustento sea la memoria, no debiera renunciarse a su consideración como objeto de conocimiento.

La suma de las experiencias que se derivan de los diversos tipos de lecturas ayudará a la formación del espíritu crítico del lector, porque se acostumbrará a elegir, a formarse opinión propia, a entender y explicar lo que es y lo que siente, lo que sucedió en otro tiempo y lo que le hubiera gustado que nunca sucediera. Se sentirá, de algún modo, con capacidad para ejercer el juicio crítico con libertad.

Para lograrlo, o al menos para intentarlo, la sociedad –por medio de sus instituciones– tiene que asumir la responsabilidad de capacitar a los *mediadores en lectura*: formándolos adecuadamente y proporcionándoles los medios necesarios para cumplir dignamente su responsabilidad, porque la LECTURA debe ser entendida como una responsabilidad social, no solo escolar, pues está relacionada con el contexto cultural más cercano a las personas, con especial influencia –además– en las primeras edades; no debemos olvidar que la lectura puede llevarnos al conocimiento y el conocimiento hace que una sociedad sea más justa y, sobre todo, más libre.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cerrillo, Pedro C. (2007): *Literatura Infantil y Juvenil y educación literaria*. Barcelona: Octaedro.
- Janer Manila, Gabriel (2007): “Literatura oral y ecología de lo imaginario”. En *Oheee*, 3, 14-31.
- Lázaro Carreter, F. (1984): “El deseo de leer”, en *ABC*, 12 de febrero, p. 7.
- Lluch, Gemma (2003): *Análisis de narrativas infantiles y juveniles*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha.
- Machado, Ana M^a (2002): *Lectura, escuela y creación literaria*. Madrid: Anaya.
- (2007): “Derecho de ellos y deber nuestro. Literatura Infantil, ¿para qué?”. *CLIJ*, 210, 48-57.
- Manguel, Alberto (2002): Entrevista en *Babelia*, *El País*, 12 de enero, 2-3.
- Sánchez Corral, Luis (2007): “Lectura e identidad: ¿Es posible la educación literaria?”. En VV.AA.: *Literatura Infantil, nuevas lecturas y nuevos lectores*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha, pp. 83-96.
- Steiner, Georges (2000): *La barbarie de la ignorancia*. Barcelona: Taller de Mario Muchnik.